

Venia el asturiano todos los dientes bañados en sangre, y muy malparado, y muy bien asido del alguacil; y así como entró en la sala, conoció á su padre y al de Avendaño: turbóse, y por no ser conocido, con un paño, como que se limpiaba la sangre, se cubrió el rostro.

Preguntó el corregidor que qué habia hecho aquel mozo, que tan malparado le llevaban.

Respondió el alguacil que aquel mozo era un aguador, que le llamaban el asturiano, á quien los muchachos por las calles decian: «Daca la cola, asturiano, daca la cola;» y luégo en breves palabras contó la causa por qué le pedian la tal cola, de que no riyeron poco todos.

Dijo más: que saliendo por la puerta de Alcántara, dándole los muchachos priesa con la demanda de la cola, se habia apeado del asno, y dando tras todos, alcanzó á uno, á quien dejaba medio muerto á palos, y que, queriéndole prender, se habia resistido, y que por eso iba tan malparado.

Mandó el corregidor que se descubriese el rostro, y porfiando á no querer descubrirse, llegó el alguacil, y quitóle el pañuelo, y al punto le conoció su padre, y dijo todo alterado:

—Hijo D. Diego, ¿cómo estás desta manera? ¿qué traje es éste? ¿áun no se te han olvidado tus picardías?

Hincó las rodillas Carriazo, y fuése á poner á los piés de su padre, que con lágrimas en los ojos le tuvo abrazado un buen espacio.

Don Juan de Avendaño, como sabia que D. Diego habia venido con D. Tomas su hijo, preguntóle por él; á lo cual respondió que D. Tomas de Avendaño era el mozo que daba cebada y paja en aquella posada.

Con esto que el asturiano dijo, se acabó de apoderar la admiracion en todos los presentes, y mandó el corregidor al huésped que trujese allí al mozo de la cebada.

—Yo creo que no está en casa,—respondió el huésped,—pero yo le buscaré.

Y así fué á buscallo.

Preguntó D. Diego á Carriazo que qué transformaciones eran

aquéllas, y qué les habia movido á ser él aguador, y D. Tomas mozo de meson.

A lo cual respondió Carriazo que no podia satisfacer á aquellas preguntas tan en público, que él responderia á solas.

Estaba Tomas Pedro escondido en su aposento, para ver desde allí, sin ser visto, lo que hacian su padre y el de Carriazo: teniale suspenso la venida del corregidor, y el alboroto que en toda la casa andaba.

No faltó quien le dijese al huésped cómo estaba allí escondido; subió por él, y más por fuerza que por grado le hizo bajar; y áun no bajára, si el mismo corregidor no saliera al patio y le llamára por su nombre, diciendo:

—Baje vuesa merced, señor pariente, que aquí no le aguardan osos ni leones.

Bajó Tomas, y con los ojos bajos y sumision grande se hincó de rodillas ante su padre, el cual le abrazó con grandísimo contento, á fuer del que tuvo el padre del hijo pródigo cuando le cobró de perdido.

Ya en esto habia venido un coche del corregidor para volver en él, pues la gran fiesta no permitia volver á caballo.

Hizo llamar á Costanza, y tomándola de la mano, se la presentó á su padre, diciendo:

Recebid, señor D. Diego, esta prenda, y estimadla por la más rica que acertáredes á desear; y vos, hermosa doncella, besad la mano á vuestro padre, y dad gracias á Dios, que con tan honrado suceso ha enmendado, subido y mejorado la bajeza de vuestro estado.

Costanza, que no sabia ni imaginaba lo que le habia acontecido, toda turbada y temblando no supo hacer otra cosa que hincarse de rodillas ante su padre, y tomándole las manos, se las comenzó á besar tiernamente, bañándose las con infinitas lágrimas, que por sus hermosísimos ojos derramaba.

En tanto que esto pasaba, habia persuadido el corregidor á su primo don Juan que se viniesen todos con él á su casa; y aunque don Juan lo rehusaba, fueron tantas las persuasiones del corregidor, que lo hubo de conceder; y así entraron en el coche todos; pero cuando

dijo el corregidor á Costanza que entrase tambien en el coche, se le anubló el corazon, y ella y la huéspeda se asieron una á otra, y comenzaron á hacer tan amargo llanto, que quebraba los corazones de cuantos le escuchaban.

Decia la huéspeda:

—¿Cómo es esto, hija de mi corazon, que te vas y me dejas? ¿Cómo tienes ánimo de dejar á esta madre, que con tanto amor te ha criado?

Costanza lloraba, y la respondia con no ménos tiernas palabras.

Pero el corregidor enternecido, mandó que asimismo la huéspeda entrase en el coche, y que no se apartase de su hija, pues por tal la tenía, hasta que saliese de Toledo.

Así la huéspeda y todos entraron en el coche, y fueron á casa del corregidor, donde fueron bien recibidos de su mujer, que era una principal señora.

Comieron regalada y suntuosamente, y despues de comer contó Carriazo á su padre cómo por amores de Costanza don Tomas se habia puesto á servir en el meson, y que estaba enamorado de tal manera della, que sin que le hubiera descubierto ser tan principal como era, siendo su hija, la tomara por mujer en el estado de Fregona.

Vistió luégo la mujer del corregidor á Costanza con unos vestidos de una hija que tenía de la misma edad y cuerpo de Costanza; y si parecia hermosa con los de labradora, con los cortesanos parecia cosa del cielo: tan bien la cuadraban, que daba á entender que desde que nació habia sido señora, y usado los mejores trajes que el uso trae consigo.

Pero entre tantos alegres no pudo faltar un triste, que fué don Pedro, el hijo del corregidor, que luégo se imaginó que Costanza no habia de ser suya, y así fué la verdad; porque entre el corregidor, y don Diego de Carriazo, y don Juan de Avendaño se concertaron en que don Tomas se casase con Costanza, dándole su padre los treinta mil escudos que su madre le habia dejado, y el aguador don Diego de Carriazo casase con la hija del corregidor, y don Pedro, el hijo del corregidor, con una hija de don Juan de Avendaño, que su padre se ofrecia á traer dispensacion del parentesco.

Esta manera quedaron todos contentos, alegres y satisfechos; y la nueva de los casamientos y de la ventura de la Fregona ilustre se extendió por la ciudad, y acudia infinita gente á ver á Costanza en el nuevo hábito, en el cual tan señora se mostraba como se ha dicho.

Vieron al mozo de la cebada Tomas Pedro vuelto en don Tomas de Avendaño, y vestido como señor: notaron que Lope asturiano era muy gentil-hombre despues que habia mudado vestido, y dejado el asno y las aguaderas; pero con todo eso no faltaba quien en el medio de su pompa, cuando iba por la calle no le pidiese la cola.

Un mes se estuvieron en Toledo, al cabo del cual se volvieron á Búrgos don Diego de Carriazo y su mujer, su padre y Costanza con su marido don Tomas, y el hijo del corregidor, que quiso ir á ver á su parienta y esposa.

Quedó el sevillano rico con los mil escudos, y con muchas joyas que Costanza dió á su señora, que siempre con este nombre llamaba á la que la habia criado.

Dió ocasion la historia de la Fregona ilustre á que los poetas del dorado Tajo ejercitasen sus plumas en solemnizar y en alabar la sin par hermosura de Costanza, la cual aún vive en compañía de su buen mozo de meson; y Carriazo ni más ni ménos, con tres hijos, que sin tomar el estilo del padre, ni acordarse si hay almadrabas en el mundo, hoy están todos estudiando en Salamanca, y su padre apenas ve algun asno de aguador, cuando se le representa y viene á la memoria el que tuvo en Toledo, y teme que cuando ménos se cate ha de remanecer en alguna sátira el daca la cola, asturiano; asturiano, daca la cola.